

CLIVE BARKER

HELLRAISER

EL CORAZÓN CONDENADO

TRADUCCIÓN DE JUAN CARLOS POSTIGO RÍOS



En esta nueva versión al español de *Hellraiser*, que ahora publicamos con su título original, *El corazón condenado*, los lectores podrán acercarse a esta ya clásica novela de terror con una perspectiva nueva.

Considerada la mejor novela de 1986 en el Reino Unido, treinta años después se ha convertido en una obra de culto tras la primera versión cinematográfica que se hizo de ella en 1987.

Clive Barker aborda en sus páginas cuestiones cruciales como el amor y la desesperación, el deseo, la muerte y la sangre mediante metáforas sugerentes, reflejando el hedonismo desenfrenado hasta límites trascendentes. La misión de los demonios llamados «cenobitas» es torturar con placer a los que acceden a ese nivel mediante la manipulación de un cubo cuya resolución da derecho a «tener las sensaciones más intensas». El resultado de la ceguera de quienes buscan el placer de forma vertiginosa, malinterpretando el mensaje de los cenobitas, no es otro que la llegada al mismo infierno.

Para Mary

*Me gustaría hablar con el espíritu de algún
antiguo amante, fallecido antes de que el dios
del amor viniera al mundo.*

JOHN DONNE, *El dios del amor.*

UNO

Frank estaba tan decidido a resolver el enigma de la caja de Lemarchand que no oyó la gran campana cuando ésta empezó a sonar. El artilugio había sido construido por un maestro artesano y el misterio era que, aunque le habían dicho que la caja guardaba maravillas, parecía que no había manera de entrar en ella; no había, en ninguno de sus seis lados barnizados, señal alguna que indicara dónde estaban los puntos de presión que desconectaban una pieza del rompecabezas tridimensional de otra.

Frank había visto rompecabezas similares –sobre todo en Hong Kong, productos de la afición china por la fabricación de elementos metafísicos de madera dura–, pero los franceses, en respuesta a la agilidad y al genio técnico de los chinos, habían desarrollado una lógica perversa que era totalmente suya. Si existía algún sistema para resolver este rompecabezas, Frank no lograba dar con él. Sólo tras varias horas de prueba y error, una yuxtaposición fortuita de pulgares, dedos medianos y meñiques dio sus frutos: un chasquido casi imperceptible y de repente... ¡victoria! Una parte de la caja salió y se separó de sus vecinas.

Hubo dos revelaciones:

La primera, que las superficies interiores estaban estupendamente pulidas. El reflejo de Frank –distorsionado y fragmentado– se deslizaba por el barniz. La segunda, que Lemarchand, que en su época había sido fabricante de cajas de pájaros cantores, había construido la caja para que al abrirse se disparara un mecanismo musical, que empe-

zó a tintinear, dejando sonar un breve rondó de sublime banalidad.

Alentado por su éxito, Frank comenzó a trabajar incansablemente en la caja, encontrando en poco tiempo nuevas alineaciones de ranuras acanaladas y clavijas lubricadas que, a su vez, revelaban mayores complejidades. Y con cada solución –con cada media vuelta o tirón– se ponía en marcha un elemento melódico más; la música hacía contrapuntos y se desarrollaba hasta que el capricho inicial había casi desaparecido con los adornos.

En cierto momento de insistencia, empezó a sonar la campana: un repique sombrío y continuo. Él no la oyó, al menos no conscientemente. Pero cuando estaba a punto de resolver el rompecabezas –el interior con espejos de la caja desentrañado–, se percató de que las campanadas le revolvían el estómago con violencia, como si llevarsen sonándole desde hacía media vida.

Levantó la vista de lo que estaba haciendo. Durante un instante, supuso que el ruido provenía de afuera, de la calle, pero rápidamente descartó esa idea. Había comenzado a trabajar en la caja de pájaro cantor del fabricante cerca de la medianoche; habían pasado desde entonces varias horas, horas cuyo transcurso no habría recordado de no ser por la evidencia de lo que marcaba el reloj. Ninguna iglesia de la ciudad, por muy desesperada que hubiera estado por llamar a sus fieles, habría tocado las campanas a esa hora.

No. El sonido procedía de un lugar mucho más remoto. Salía de la puerta (aún invisible) por la que se había construido la maravillosa caja de Lemarchand y que ésta debía abrir. ¡Todo lo que Kircher, el vendedor de la caja, le había prometido era cierto! Estaba a las puertas de un nuevo mundo, de una tierra que distaba mucho de la habitación en donde estaba sentado.

Infinitamente más lejos, pero ahora súbitamente más cerca.

Aquella idea le aceleró la respiración. Había anticipado este momento con gran perspicacia; había planeado este desgarrar del velo con todo su ingenio. En breve estarían aquí... los que Kircher había llamado cenobitas, teólogos de la Orden de la Incisión. Distráidos de sus experimentos en las más altas esferas del placer, trasladarían sus cabezas intemporales a un mundo de lluvia y fracaso.

Durante la semana anterior había estado trabajando sin descanso para prepararles la habitación. Había fregado meticulosamente y esparcido pétalos por el suelo de madera. En la pared de la izquierda había levantado una especie de altar dedicado a ellos y lo había decorado con algo parecido a ofrendas de conciliación que, como le había asegurado Kircher, propiciarían sus buenos oficios: huesos, bombones, agujas. A la izquierda del altar había una jarra con su propia orina –recolectada durante siete días–, por si le pedían un gesto espontáneo de autoprofanación. A la derecha, un plato con cabezas de paloma, que Kircher le había aconsejado tener a mano.

No había desatendido ninguna parte del ritual de invocación. Ningún cardenal impaciente por ponerse las sandalias del pescador hubiese sido más diligente.

Pero ahora, mientras el sonido de la campana se hacía cada vez más fuerte, ahogando la música de la caja, estaba asustado.

Demasiado tarde, murmuró para sí, con la esperanza de poder sofocar su creciente miedo. El artefacto de Lemarchand estaba abierto; el mecanismo final había girado. No había tiempo para la prevaricación ni el arrepentimiento. Además, ¿no había arriesgado su vida y su cordura para que esta revelación fuera posible? La puerta seguía abriéndose a los placeres cuya existencia sólo había llegado a conocer un puñado de humanos, y muchos menos *habían saboreado...* placeres que redefinirían los parámetros de la sensación, que lo liberarían del insípido círculo del deseo, seducción y desilusión que lo había perse-

guido desde los últimos años de la adolescencia. Esta nueva sabiduría iba a transformarlo, ¿verdad? Ningún hombre podía experimentar la profundidad de semejantes sentimientos y seguir siendo el mismo.

La bombilla de luz desnuda que colgaba en medio de la habitación se apagaba e iluminaba continuamente. Había adoptado el ritmo de las campanadas, ardiendo al máximo con cada tañido. En los espacios que había entre una campanada y otra, la oscuridad de la habitación se volvía absoluta; era como si el mundo que había ocupado durante veintinueve años hubiese dejado de existir. Después, la campana sonó de nuevo y la bombilla se encendió con tanta intensidad que parecía no haber titubeado jamás, y durante unos segundos preciosos Frank se encontró en un sitio conocido, con una puerta que conducía afuera y abajo, a la calle, y a una ventana por la cual —de haber querido (o haberse atrevido) apartar las persianas— hubiese podido vislumbrar las primeras luces del alba.

Con cada repique, la luz de la lámpara se volvía cada vez más reveladora. Gracias a ella, vio que la pared derecha se desplomaba; vio que los ladrillos perdían por un momento la solidez y reventaban; vio, en ese mismo instante, el lugar que estaba junto a la habitación del que provenía el jaleo de la campana. ¿Era un mundo de pájaros, de inmensos mirlos atrapados en una tormenta eterna? Era el único sentido que podía darle a la tierra de donde —también ahora— venían los hierofantes: que era un desconcierto y que estaba llena de cosas frágiles y rotas que se elevaban y caían, cargando de espanto el aire oscuro.

Y luego la pared se volvió de nuevo sólida y la campana quedó en silencio. La bombilla parpadeó y se apagó. Esta vez sin esperanzas de volver a reavivarse.

Frank se quedó de pie en la oscuridad y no dijo nada. Aunque hubiese podido recordar las palabras de bienve-

nida que había preparado, su lengua no habría sido capaz de pronunciarlas. Estaba inmóvil en el interior de su boca.

Y de repente, la luz.

Provenía de *ellos*, del cuarteto de cenobitas que ahora, con la pared sellada a su espalda, ocupaba la habitación. Los acompañaba una fosforescencia intermitente, como el resplandor de los peces de las profundidades del mar: azul, fría y desagradable. Frank cayó en la cuenta de que nunca había intentado imaginar cómo eran. Su imaginación, aunque fértil para la estafa y el robo, era muy pobre en otros aspectos. La habilidad de imaginarse a estas eminencias estaba fuera de su alcance, de modo que ni siquiera lo había intentado.

¿Por qué entonces se sentía tan angustiado al posar la vista en ellos? ¿Era por las cicatrices que les cubrían cada centímetro del cuerpo; por la carne estéticamente perforada, rebanada e infibulada y luego empolvada con ceniza? ¿Era por el olor a vainilla que exhalaban, esa dulzura que a duras penas disimulaba el hedor que cubría?

¿O era porque, al aumentar la luz, los estudió con más detenimiento y no vio nada de alegría, de humanidad siquiera, en sus rostros mutilados, sino sólo desesperación y un apetito que le provocó unas ganas irrefrenables de vaciar los intestinos?

—¿Qué ciudad es ésta? —inquirió uno de los cuatro. A Frank le costó adivinar con exactitud el sexo del que había hablado. Sus ropas, algunas de las cuales estaban *cosidas a la piel, atravesándola*, ocultaban sus partes íntimas, y no había nada en los posos de su voz o en sus rasgos tozudamente desfigurados que ofreciera la menor pista. Cuando hablaba, los ganchos que le transfiguraban los colgajos de los ojos y que estaban unidos, por medio de un intrincado sistema de cadenas que le atravesaban tanto la carne como los huesos, a unos anzuelos similares que tenía en el labio inferior, eran agitados por el movimiento, exponiendo la resplandeciente carne que había debajo.

–Te he hecho una pregunta –dijo. Frank no respondió. El nombre de esa ciudad era lo último que podía recordar.

–¿Me entiendes? –reclamó la figura situada al lado del que había hablado primero. Su voz, a diferencia de la de su compañero, era ligera y entrecortada, como la voz de una muchacha emocionada. Cada centímetro de su cabeza estaba tatuado, formando una enrevesada red, y en cada una de las intersecciones de los ejes horizontales y verticales tenía un alfiler enjoyado clavado en el hueso. Tenía la lengua decorada de la misma manera–. ¿Sabes al menos quiénes somos? –preguntó.

–Sí –dijo Frank por fin–. Lo sé.

Por supuesto que lo sabía; él y Kircher habían pasado largas noches hablando de los indicios extraídos de los diarios de Bolingbroke y de Gilles de Rais. Todo lo que la humanidad sabía de la Orden de la Incisión, él también lo sabía.

Y con todo... había esperado encontrarse algo diferente. Había esperado alguna señal que hablara de los incontables esplendores a los que tenían acceso. Había pensado que vendrían con mujeres, al menos; mujeres embaurnadas de aceite, de leche; mujeres depiladas y con músculos especialmente contruidos para el acto de amor; con labios perfumados, muslos que temblaban por separarse, glúteos poderosos, como a él le gustaban. Había esperado suspiros y lánguidos cuerpos desparramados en el suelo que tenía bajo sus pies, como una alfombra viviente; había esperado prostitutas vírgenes que le entregaran sus hendiduras con sólo pedirselo y que, con pericia, lo llevaran –*hacia arriba, hacia arriba*– hasta un éxtasis nunca soñado. En sus brazos se olvidaría del mundo. En vez de despreciarlo por su lujuria, lo exaltarían.

Pero no. No había mujeres ni suspiros. Sólo estas cosas sin sexo con la carne arrugada.

Ahora habló el tercero. Sus facciones estaban tan abundantemente escarificadas –las heridas se habían de-

sarrollado hasta hincharse como globos— que sus ojos no podían verse y sus palabras salían deformadas de tan desfigurada que tenía la boca.

—¿Qué quieres? —preguntó a Frank.

Frank observó a este interrogador con más confianza que a los otros dos. El miedo iba menguando a medida que pasaban los segundos. Los recuerdos del aterrador lugar que había detrás de la pared iban ya reculando. Se quedó solo con estos seres decadentes y decrepitos, con su hedor, su extraña deformidad, su evidente fragilidad. La única cosa a la que debía temer era la náusea.

—Kircher me dijo que erais cinco —dijo Frank.

—El Ingeniero vendrá si el momento lo merece —fue la respuesta—. Ahora, una vez más, te preguntamos: ¿qué quieres?

¿Por qué no responderles directamente?

—Placer —contestó—. Kircher dijo que conocéis el placer.

—Sí, así es —dijo el primero—. Todo lo que siempre quise.

—¿Sí?

—Por supuesto. Por supuesto. —Lo miraba fijo con esos ojos excesivamente desnudos—. ¿Qué es lo que has soñado? —dijo.

La pregunta, planteada sin rodeos, lo confundió. ¿Cómo podía ser capaz de articular la naturaleza de los fantasmas que su libido había creado? Aún estaba buscando las palabras cuando uno de ellos dijo:

—¿Este mundo... te decepciona?

—Bastante —respondió.

—No eres el primero que se cansa de sus trivialidades — fue la respuesta—. Existieron otros.

—No muchos —intercedió el de rostro reticulado.

—Cierto. Un puñado, a lo sumo. Pero unos pocos se atrevieron a usar la configuración de Lemarchand. Hombres como tú, hambrientos de nuevas posibilidades, que

supieron que poseemos habilidades desconocidas en tu región.

–Esperaba... –comenzó Frank.

–Sabemos lo que esperabas –respondió el cenobita–. Entendemos en toda su amplitud la naturaleza de tu frenesí. Nos es completamente familiar.

Frank gruñó.

–Entonces –dijo– ya sabéis lo que he soñado. ¿Podéis proporcionarme ese placer?

La cara de la cosa se abrió y sus labios se enrollaron hacia atrás, dibujando una sonrisa de mandril.

–No como tú lo entiendes –respondió.

Frank quiso interrumpir, pero la criatura alzó una mano para hacerlo callar.

–Hay ciertos estados de las terminaciones nerviosas –dijo– que tu imaginación, por muy delirante que sea, no podría soñar con evocar.

–¿En serio?

–Oh, claro..., con total seguridad. Tu perversión más apreciada es sólo un juego de niños comparada con las experiencias que ofrecemos.

–¿Quieres participar en ellas? –dijo el segundo cenobita.

Frank miró las cicatrices y los ganchos. De nuevo, su lengua era defectuosa.

–¿Quieres?

Fuera, en algún lugar cercano, el mundo pronto estaría despertando. Él lo había visto despertar desde la ventana de esta misma habitación, día tras día, desperezándose y preparándose para otra sesión de actividades inútiles, y sabía, *sabía*, que allí no quedaba nada que lo motivara. Nada de calor, sólo sudor. Nada de pasión, sólo lujuria repentina y una indiferencia igualmente repentina. Le había dado la espalda a esas insatisfacciones. Si para hacerlo debía interpretar las señales que acompañaban a estas

criaturas, entonces ése era el precio de la ambición. Estaba dispuesto a pagarlo.

–Mostrádmelo –dijo.

–No hay vuelta atrás. ¿Eso lo entiendes?

–*Mostrádmelo.*

No necesitaron más invitación para levantar el telón. Frank oyó que la puerta se abría con un chirrido, se volvió y vio que el mundo que estaba del otro lado del umbral había desaparecido para ser reemplazado por la misma oscuridad espeluznante de la que habían surgido los miembros de la Orden. Miró hacia atrás, en dirección a los cenobitas, buscando alguna explicación para todo aquello. Pero habían desaparecido. Su aparición, no obstante, había dejado huella. Se habían llevado las flores, dejando sólo las tablas del suelo, y en la pared las ofrendas que Frank había preparado se estaban poniendo negras, como si unas llamas feroces pero invisibles estuviesen consumiéndolas. Percibió el olor amargo de su destrucción; le aguijoneaba las fosas nasales con tanta agudeza que tuvo la sensación certera de que comenzarían a sangrar.

Pero el olor a quemado sólo fue el principio. En cuanto lo hubo registrado, media docena más de olores impregnaron su cabeza. Perfumes que apenas había notado hasta ahora y que resultaban de pronto abrumadoramente fuertes. El aroma persistente de los capullos robados, el olor de la pintura del techo y el de la savia de la madera que tenía bajo sus pies: todos invadían su cabeza. Incluso podía oler la oscuridad que estaba al otro lado de la puerta, y en ella los excrementos de cien mil pájaros.

Se cubrió la boca y la nariz con la mano para evitar que la embestida lo superara, pero el hedor de la transpiración de sus dedos hizo que se sintiera mareado. De no haber sido por las nuevas sensaciones que inundaban su sistema, penetrando por cada terminación nerviosa y cada papila gustativa, hubiese desembocado en la náusea.

Parecía que de repente podía sentir la colisión de las motas de polvo contra su piel. Cada inspiración le raspaba los labios; cada parpadeo, los ojos. En el fondo de la garganta le ardía la bilis; un trocito de la carne del día anterior, alojado entre los dientes, le provocaba espasmos en todo el organismo cuando exudaba una gotita de salsa que le caía sobre la lengua.

Los oídos no eran menos sensibles. En su cabeza re-tumbaban un millar de ruidos, algunos de los cuales los producía él mismo. El aire que se estrellaba contra sus tímpanos era un huracán; la flatulencia de sus intestinos era un trueno. Pero también lo asaltaban otros sonidos –sonidos innumerables– que lo asaltaban desde lugares apartados de él. Voces que se elevaban furiosas, declaraciones de amor susurradas, rugidos y traqueteos, trozos de canciones, llantos.

¿Era el mundo lo que oía? ¿El amanecer entrando en un millón de hogares? No tenía manera de ponerse a escuchar con detenimiento; la cacofonía expulsaba de su cabeza toda capacidad de análisis.

Pero había algo peor. ¡Los ojos! Ay, santo cielo, nunca había imaginado que pudiera existir semejante tormento. Él, que había pensado que no quedaba nada en la tierra que pudiera sobresaltarle... ¡Ahora estaba tambaleándose! ¡En todas partes, *la vista!*

El yeso liso del techo era un mapa espectacular, geografía de pinceladas. El tejido de su camisa lisa, una insoportable elaboración de hilos. En el rincón vio que un ácaro caminaba por la cabeza de una paloma muerta y que pestañeaba al verlo, advirtiéndole que él también lo veía. ¡Demasiado! ¡Demasiado!

Horrorizado, cerró los ojos. Pero había más *dentro* que fuera: recuerdos cuya violencia lo sacudió hasta llevarlo al borde de la insensatez. Mamó la leche de la madre y se atragantó; sintió que lo rodeaban los brazos de su hermano (¿era una pelea o un abrazo fraternal? De todos modos,

aquello lo ahogaba). Y más, muchísimo más. Una vida breve de sensaciones, escritas en su corteza con letra perfecta, que lo despedazaban con su insistencia por ser recordadas.

Sentía que estaba a punto de explotar. Seguramente, el mundo que había fuera de su cabeza —la habitación y los pájaros que estaban al otro lado de la puerta—, a pesar de todos sus excesos ensordecedores, no podía ser tan angustioso como sus recuerdos. Mejor eso, pensó, y trató de abrir los ojos. Pero no querían despegarse; se los habían sellado con lágrimas, con pus o con aguja e hilo.

Pensó en los rostros de los cenobitas: los ganchos, las cadenas. ¿Lo habían sometido a una cirugía similar, dejándolo encerrado tras sus ojos con el desfile de su propia historia?

Temiendo por su propia salud mental, Frank empezó a hablarles, aunque ya no estaba seguro de que estuvieran lo bastante cerca para escucharlo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me hacéis esto?

El eco de sus palabras rugió en sus oídos, pero apenas le prestó atención. Otras impresiones sensoriales emergían del pasado para atormentarlo. La infancia aún permanecía en su lengua (leche y frustración), pero ahora se iban sumando sentimientos de adulto. ¡Había crecido! Tenía bigote y estaba fuerte; tenía manos pesadas y el estómago grande.

Los placeres juveniles habían tenido el atractivo de la novedad, pero conforme avanzaban los años y aquella agradable sensación perdía potencial, había necesitado experiencias cada vez más fuertes. Y ahí estaban de nuevo, más penetrantes aún por estar en la oscuridad, en el fondo de su cabeza.

Sintió sabores inenarrables en la lengua: amargo, dulce, ácido, salado; advirtió el olor de las especias, de la mierda y del cabello de su madre; vio ciudades y cielos; vio la velocidad, vio profundidades; partió el pan con